

## 6º Paso. La alegría de la Cruz.

El seminarista con el que Ismael había hecho Ejercicios Espirituales en Ciudad Real en 1935, José Ballesteros, casualmente había llegado herido del frente al Hospital Clínico, y cuenta como encontró a Ismael:

*«Pero ¡cómo estaba Ismael! No parecía el mismo. La enfermedad y el sufrimiento se habían cebado en él y lo habían dejado hecho una pobre figura, que si atraía, porque estaba rodeado de una aureola de santidad, el solo verlo, movía a piedad y devoción.*

Hablamos largamente, aunque él con fatiga y dificultad enormes. Me contó su enfermedad, sus penas, algo de su vida de mártir”.

*Ya desde entonces tuvo un confidente y un amigo que hizo por él cuanto pudo.*

*Se conserva una carta de Ismael escrita con fecha 25 de marzo, fiesta de la Anunciación de la Virgen, quizá el mismo día que se vio con don José. Se sentía grave y quería dejar algún recuerdo a su querida madre. Es un eco de la felicidad que le inunda, por haber comulgado; pero está cortada de repente, porque escribiéndola le sobrevino un colapso.*



Antigua Facultad de Medicina de Zaragoza. Hospital Clínico.



Sala de hombres de Patología General del Clínico.

*“Mamá, este día en que te escribo estas letras, mi estado es bastante decaído; pero mi alegría es grandiosa, por haber tenido la dicha de recibir el Cuerpo de Cristo.*

*Después de lo arriba escrito, les he de decir cómo todo ha venido surgiendo.*

*Ya sabemos que todo lo dispone Dios, por lo tanto nosotros hemos de atenernos a su Santa Voluntad.*

*Mi enfermedad ha sido asistida muy bien, pues he venido a caer en...”.*

*Le asaltó un golpe de tos y afluyó a sus labios la sangre de los pulmones. Pálido y doloroso cayó en un colapso que sobresaltó a todos. Así, no es de extrañar que don José lo encontrara en el lastimoso estado en que antes se describió.*

*La enfermedad avanzaba triunfadora y el médico no daba esperanza alguna de curación. Las hemoptisis se repetían; la caquexia era progresiva; los ruidos cavernosos silbantes marcaban el avance de la descomposición pulmonar y auguró vida para poco tiempo.*

*Ismael sufría mucho y, sin embargo, de nada se quejaba. Oraba, rezaba su Rosario; miraba al Crucifijo.*

*Don José le había prometido hablar con quienes podían librarlo, especialmente con aquel seminarista manchego, que andaba en esos negocios.*

*Enterada la enfermera, se opuso a ello, con el fin noble y caritativo de que no lo llevarsen de la sala, donde ella lo atendía».*

*«Aurora propuso a Ismael hacer una novena a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, pidiéndole su salud. Accedió» diciendo:*

*– «Como quiera pero mi vida se acaba. Creo que moriré enseguida».*

*«No te vayas al cielo todavía. ¿No ves que jóvenes como tú hacen falta en el mundo?»*

***– Dios lo quiere así, y estoy tan bien preparado, que deseo cuanto antes irme al cielo».***

*«Aurora empezó la novena, arrodillada junto al lecho del enfermo. Ismael sonreía. Era ya de noche. Lleno de agradecimiento y con aire de augurio despidió a la joven:*

***– Váyase a descansar; a lo mejor cuando venga mañana ya no me encuentra vivo. ¡Dios se lo pague todo!***

*No tenía Ismael mucho entusiasmo. La novena seguía haciéndose. Sonriendo, como siempre, sin querer herir la caridad de la joven y añorando la muerte que lo llevaría a su verdadera patria, le dijo:*

***– No quiero obligar a la Virgen a que haga un milagro devolviéndome la salud, cuando tan cerca estoy del Cielo».***

*«A medida que avanzaba la Novena (a la que se sumó, invitada por Aurora, doña Pilar), notándose la ligera mejoría, se animaban doña Pilar y Aurora, y trazaban planes risueños.*

*Cuando te pongas bueno, iremos los tres a dar las gracias a la Virgen del Pilar.*

*Ismael levantaba los ojos al cielo, y con dulce mirada indicaba:*

***- Yo iré a dar las gracias al cielo, y pronto.***

*Estaba persuadido de que moriría pronto y esa persuasión le daba alientos en la enfermedad.*

*Un día le proponía la enfermera hacer un pacto entre los dos:*

*–Yo estoy agotada, apenas valgo para nada en el mundo ¿Quieres que pidamos a Dios el cambiarnos: que yo muera y tú sigas viviendo?*

***–¡Ah, eso sí que no; a ver si usted va a ser la que me arrebate la felicidad que espero para muy pronto!».***

*«La mejoría que se notó hizo renacer una alegría física, que repercutió en su estado moral y se llegó a pensar que curaría. ¡Todo en vano! Ismael empezó a padecer a los pocos días en su cuerpo los tormentos más atroces de la enfermedad.*

*Una fiebre pertinaz y alta le hacía sudar intensamente y aquellos sudores pudriéronsele sobre su esquelético cuerpo y se llenó de llagas ulcerosas. Más aún: la espalda y la columna vertebral las tenía en carne viva como si lo hubieran flagelado horriblemente. Ismael sufre, y lo calla.*

*Puesto en su lecho de dolor boca arriba, hacía grandísimos esfuerzos por respirar. Fatigosamente lográbalo, sintiendo entonces como si su pecho lo atravesaran multitud de puñales. “Le cogían para moverlo con frecuencia, porque se asfixiaba, y al moverlo, hacía un gesto de dolor, que al momento procuraba disimular con una sonrisa”. Este es el testimonio de Aurora: “Puedo decir que en el mes y medio que lo asistí, no le oí una sola queja”. Y don José Ballesteros escribe: “Jamás se quejó de nada, ni protestó por nada. Debía sentir agudísimos dolores y nunca se quejaba y además, estaba siempre acostado boca arriba, con lo que sus heridas debían molestarle mucho más.*

*Cuando don José quedó libre, por terminarse favorablemente su expediente de depuración, Ismael le tuvo envidia, sólo porque podía visitar a la Santísima Virgen del Pilar y medio triste y resignado decía:*

***– Cuando vayas a ver a la Virgen, acuérdate de mí y rézale un Avemaría en mi nombre.***

*Siempre que podía comulgaba y eso fue casi todos los días. Lo hacía con tal devoción y fervor, con tal amor y compostura externa, que movía a devoción, cuando no a lágrimas. “Nos edificaba a cuantos rodeábamos su lecho”, dice don José. “Parecía un ángel venido a la tierra; tanto es así, que nosotros, muchas veces, le llamábamos Luís Gonzaga o Juan Berchmans, cosa que él no quería, dada su gran humildad”.*

*A propósito de San Luis, hemos de recordar que Ismael se lo propuso como modelo en la angélica virtud de la castidad. Oigamos a don José: “Por su espíritu de sacrificio heroico, por temor a molestar y en especial por su angelical modestia, no dijo nada de sus llagas y úlceras tremendas en la espalda y piernas. Sólo yo por casualidad pude descubrirlas un día y sólo a mí me permitió que lo curase”».*

*«Un día le trajo Aurora una reliquia de San Luis Gonzaga: “Te voy a poner una reliquia de San Luis Gonzaga. ¿Sabes quién fue ese santo? Hizo*

*Ismael un gesto inexpresivo, pero cogiendo la reliquia depositó un largo beso sobre la misma.*

*“Cual sería mi sorpresa –dice la enfermera– cuando al llegar a su casa en Tomelloso veo que es la imagen de San Luis la que preside su lecho, en un marco tallado por él mismo! ¡Había sido el santo de su predilección! Una de las virtudes que había tratado de copiar de San Luis, fielmente, era la castidad, llegando a veces hasta el heroísmo».*

*«Por lo visto se le infectó una inyección en el muslo, ya fuese en San Gregorio, ya en el Clínico. “De resultas se le produjo una llaga, que le fue pudriendo poco a poco la carne”. Sin decir para qué “Ismael pedía todos los días gasas y algodón, para ponérselo sobre la herida y hacer la cura por sí mismo, por recato y amor a la pureza. Una de las veces que la enfermera lo fue a mover, tocó ligeramente las llagas y sacó su mano manchada de pus.*

*– ¿Qué es esto, Ismael?*

*– ¡Nada, no es nada! –respondió Ismael un tanto confuso y tratando de quitar importancia y de ocultar su mal.*

*– ¿Cómo que nada? A ver qué tienes.*

*Resistíase. Aurora, sin embargo, se impuso en su oficio y descubrió un poco. En el muslo había una tremenda herida, de tal profundidad que podía meterse en ella la mano. Ismael cubrióse en seguida. Sólo él supo lo que con ella padeció. La enfermera reprendióle enérgicamente:*

*– ¿Por qué no has dicho nada? ¡Y yo desviviéndome por ti, esforzándome por devolverte la salud y tú ocultándome estas cosas...!*

Fue un latigazo dado a su alma. El cerró los ojos de que escaparon temblorosas unas lágrimas, y en actitud humilde calló y se resignó. Era una víctima y no debía quejarse. Cumplía su deseo: **“Quiero pasar inadvertido; quiero sufrir”**».

*«Más adelante, en vísperas de su muerte y ya casi agonizando, cuando el médico para auscultarle o la enfermera, para ponerle la inyección, le descubrían, él como instintivamente cubría sus miembros, llamando la atención de todos esa nimia defensa de su castidad, pero que dejaba traslucir su delicadeza de alma».*

*«Sobre los sufrimientos físicos hay que colocar sus grandes penas morales».*

*«“A todos los desprecios y faltas de cuidado, él respondía con una resignación y silencio admirables”, anota don José.*

*Desde luego, Aurora cuidaba con especial atención a Ismael, porque llegó a caer en tal estado de debilidad que daba lástima contemplarlo. Lleno de dolores, sin fuerzas y con angustias indecibles, cayó en una gran anemia que le hizo perder el apetito totalmente. En este caso, la enfermera se portó como una madre. Llevábale bollitos, dulces, mermeladas y otras mil cosas de más “fácil digestión”.*

*Una vez, el médico hacía la visita a los enfermos acompañado de la Hermanita. Como sabía que aquel muchacho estaba prisionero, se sorprendió de verle en la mesita algunos alimentos de los antes mencionados. Enterado de que la enfermera se los proporcionaba, con maliciosa sonrisa y tono cruel dijo a la monjita:*

*– Será alguna rojilla y por eso lo atiende con predilección.*

*El comentario le dolió a Ismael. Pero él callaba y sufría. Parecía que todos estaban contra él. Otro día desde un rincón de la sala, un prisionero enfermo, alemán, de las brigadas internacionales, alzó un poco la voz y dijo:*

*– Pero ¿qué tiene ese muchacho que así lo miman?*

*El buen Ismael, como para complacerle, contestó tímidamente:*

*– Es que estoy muy mal; me estoy muriendo.*

*– No quiero que me traiga más cosas, dijo a la enfermera, **pues me duele que la riñan a Vd. por causa mía**».*

*«Pero sufriendo tan duramente como sufría, sabía olvidarse de sus penas y dolores físicos para consolar las penas de los demás. Estaba sumamente reconocido a la enfermera por lo que se desvivía por él. Quería mostrarse agradecido, y un día en que las atenciones habían sido mayores que de ordinario, por ejemplo después de lavarle la boca para quitarle el amargor de aquellas materias degeneradas que eliminaba, con voz desfallecida pero con mirada de agradecimiento decía Ismael:*

*– A usted no la podían matar los rojos, porque los designios de Dios eran que usted se santificase atendiéndome a mí y animándome como lo hace. Quisiera mostrarle el agradecimiento por lo mucho que le debo, pero ni voz tengo ya para hacerlo. Usted es católica y aprecia la promesa de oraciones desde el cielo; desde allí le prometo que he de recompensarla hasta la más pequeña acción que ha hecho por mí. Verdaderamente que eso tan sólo mi madre lo hubiera hecho... Estoy hecho polvo, y no tengo voz en la garganta, perdone que no sea más expresivo.*

*La emoción y la fatiga aceleraban su trabajosa respiración y menudeaba la tosecilla seca que cortaba sus expansiones.*

*Otros días, al notarla algo decaída por la preocupación de algún familiar que tenía entre los rojos:*

*– Confíe –le decía Ismael–, no sea cobarde y levante el corazón al cielo.*

*Y con sonrisa un poco forzada trataba de disimular la preocupación idéntica que a él le torturaba».*

*«La víspera del Viernes de Dolores, 7 de abril, se agravó mucho y sintióse morir. Eran como las nueve de la noche o algo más. En el hospital ya estaban todos recogidos. Empezó a toser y tuvo una gran hemoptisis. Cada vez que tosía, salían de su pecho deshecho pedazos de sus pulmones y en aquel trance amarguísimo mandó llamar a don José con la Hermana de vela. Estaba demacradísimo y con rostro de agonía, pero entre las sombras con que el dolor difuminaba su cara, amanecía una paz serena con la aurora de una sonrisa resignada.*

*– ¿Qué te pasa, Ismael? –le preguntó don José.*

*– Quédate conmigo; esta noche me muero.*



Arriba, don José Ballesteros Estero, con un enfermo en el Hospital de Ciudad Real donde fue Capellán, y abajo celebrando la Eucaristía; detrás, el Obispo Monseñor Juan Hervás.

– *No digas eso, hombre.*

– ***Sí, sí; llama al capellán. Ya he recibido el Viático y quiero la Extrema Unción. Me siento morir*** –*Ya se liaba entre las manos descarnadas el Rosario de la Virgen, apretándolo muy fuerte. También Ella había sufrido mucho y precisamente el día siguiente, la Iglesia celebraba la fiesta de sus dolores.*

*Don José fue a llamar al capellán, quien se apresuró a asistirlo.*

*Incorporóse Ismael un poco, como pudo, en su lecho y contestó lo que supo, dándose cuenta de todo. Quedóse un buen rato el capellán, animándolo, dictándole jaculatorias, y viendo que no presentaba síntomas de agonía, retiróse a descansar con la advertencia de que, si se agravaba, lo llamase don José.*

Vino entonces el momento dulce de las intimidades entre él y don José. Con una sonrisa que brotó nueva y sin sombra de dolor a sus labios sangrientos, dijo:

**– ¡Qué! ¿Quieres algo para la Virgen?, que me muero esta noche. Mañana es Viernes de Dolores, fiesta de la Virgen. ¡Mañana con Ella en el Cielo...!**

– No digas eso, Ismael –le contestó don José, para animarlo.

**– Ya verás, ya verás; me muero esta noche. ¡Pero qué contento estoy!**

Esa alegría, era reflejo de la paz y tranquilidad de su alma. Olvidándose de la gravedad empezó a bromear:

**– Mañana cuando llegue al Cielo, si San Pedro no me deja entrar, porque he sido un diablejo, le tiro de las barbas o le engaño y me vuelo. ¡Mañana en el Cielo...!**

Mediada la noche, pareció serenarse y mejorar un poco. Rogó a don José fuese a descansar. A la mañana siguiente, cuando éste llegó otra vez a su cama, le dijo con verdadero sentimiento:

**– ¡Estoy más triste...! ¡No me he muerto! ¡Con los planes que yo tenía preparados!».**

La Semana Santa del año 1938 fue en el mes de abril, «aumentaron tanto los dolores, que se vio bien claro que el Señor le quiso asociar más íntimamente a su Pasión. Uno de los tormentos, aliviado bastante por el cuidado de la enfermera en lavarle frecuentemente la boca, era la sed devoradora por la fiebre que le abrasaba y le secaba las glándulas salivales. Con caridad cruel para el sufrimiento del enfermo únicamente le permitían tocar con sus labios el vaso de agua, o un botijo de barro cocido y de cuando en cuando humedecían sus labios con algunas gotas que apenas las gustaba en la lengua.

Este sufrimiento de la sed, y en general los demás se le acrecentaron de una manera alarmante el Jueves y el Viernes Santo. Alguien pensó que había entrado en la agonía. Sus sufrimientos eran tales, que tenía convulsiones terribles, temblándole las manos y todo el cuerpo. A las tres de la tarde entró la enfermera y al verle en aquel estado, le preguntó asustada:

– *¡Qué te pasa!*

– *¡Es Jueves Santo!, respondió espontáneo.*

*Y con eso trató de explicarlo todo. ¡Qué días tan a propósito para unirse a la gran víctima del Calvario!».*

*«El Viernes Santo, fue también día de mucho dolor. Daba compasión mirarlo. Las llagas de su cuerpo eran manantiales de tormentos, sobre todo las de la espalda. Pero ahogaba los gestos de dolor entre los brazos de una serenidad que imponía.*

*Como a Cristo, lo abrasó la sed y en sus espaldas sintió dolores de flagelación; pero todo lo soportó a ejemplo de Cristo también. Don José lo encontró gravísimo. Ismael disimuló una sonrisa huérfana, y pobre y enloquecido de amor, porque sólo quienes están así hablan como hablaba él, le dijo:*

– *¡Al fin hoy tengo la dicha de ofrecerle algo a Jesús!».*

*«Ismael era todo fuego; sus ojos habían cobrado vida, llameaban, y su rostro se había encendido, pintando ligeramente de rojo la palidez normal.*

– *Ahora –dijo– oigan una poesía al Sagrado Corazón que solía yo declamar en los pueblos, en las fiestas de Acción Católica». Y la declamó con igual maestría e idéntico entusiasmo»*

*«Y le dijo a don José:*

– *Por lo único que no quisiera morir, es por ver terminada la guerra y el desarrollo de A.C., mi apostolado favorito, aunque después de muerto, desde el Cielo pediré mucho por todos mis paisanos, por A. Católica, para que se extienda y se organice en todos los pueblos. Son muy necesarios los sacerdotes y, a falta de ellos, los Jóvenes de A. Católica deben prepararse para cumplir su programa tan necesario en todos los tiempos y hoy más que nunca»».*

ORACIÓN: Para que, por intercesión del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso, el Señor nos enseñe a amar la Cruz y, unidos a ella, vivamos con alegría y esperanza en la Resurrección.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.